

rio mismo de su clemencia.

Y en esta hipótesis ¿dónde le hallaremos, señores? ¡Ah! en las conversaciones reina la maledicencia; en los teatros la impureza; la usura y dolo en el comercio; la envidia en la sociedad; en las familias la discordia; la blasfemia en las calles y plazas: el mundo está cubierto de iniquidad, sin hallarse mas que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida, como S. Juan se explica. Si le arrojamos pues por nuestros pecados del templo, donde creemos que habita no solo por esencia, presencia y potencia, sino real y verdaderamente en el Sacramento de nuestros altares, ¿dónde le encontraremos?

¡Ay de ellos! dice Dios por un profeta, cuando de ellos me separe; cuando retire mis gracias; cuando los dexé en tinieblas. ¿De dónde proviene, clama por Jere-

mías, que mi amado haya cometido tantas maldades en mi casa? como si dixera, para explicarme con las palabras de un sabio: no me admiro que los infieles y hereges, mis enemigos declarados, profanen mis templos; pero que mi amado, esto es, los cristianos, á quienes he favorecido con tantas gracias, se rebelen contra mí en mi propia casa, esto es lo que me admira, al paso que me irrita. Que se maldiga en las conversaciones mundanas; que se use el dolo en las casas de juego; que se robe en los caminos; que se justifiquen las mas violentas pasiones, y se canonicen los crímenes de los espectáculos profanos y teatros, todos estos son delitos ordinarios á todos los lugares, y los castigaré con severidad en el día de mis venganzas. ¡Pero que se profanen mis templos! ¡que se cometan iniquidades en la tierra

de los santos! El que muera con este crimen no verá la gloria del Señor. *¿Quid est quod dilectus meus in domo mea fecit scelera multa? In terra sanctorum iniquè gessit, non videbit gloriam Domini.*

Estas fulminantes palabras deben, señores, penetrar el fondo de vuestros ánimos, é inspiraros un temor saludable, un profundo respeto y veneracion al templo, casa de Dios, casa de oracion, casa donde habita el Señor como en propiciatorio de su clemencia; casa en fin, que ha santificado en su misericordia para comunicarnos sus dones. ¡Qué ideas de tanto consuelo! ¡qué sentimientos de piedad! ¡qué confianza! ¡qué alegría espiritual no deben ellas excitar así en los justos, como en los pecadores que desean su conversion! Yo os lo haré ver en la segunda reflexion de este discurso, que paso á exponeros con la

posible brevedad. Seguidme atentos.

II. Como Dios no puede ser dignamente adorado sino por amor, no quiere en su templo adoradores tristes, sino poseidos de aquella alegría santa que á todos debe inspirarnos la dulce confianza en su paternal misericordia. *Cuando ayunais*, dice Jesucristo, *no aparezcáis tristes como los hipócritas*; para darnos á entender, que aun nuestras obras penales deben ir acompañadas del júbilo cristiano que infunde la esperanza de los bienes futuros. Sabemos en efecto por la historia de la religion, que no quiso Dios celebrarse su pueblo fiestas ni sacrificios durante su mansion en Egipto, por ser tiempo de luto y de tristeza: y cuando el Espíritu Santo por boca de David hace hablar á este pueblo mismo cautivo en Babilonia, al saber su regreso á Jerusalem, figura de la Iglesia, ¿con qué

voces de júbilo no se explica? *Yo me regocijo al oír: irémos á la casa del Señor: establecerémos jó Jerusalem! establecerémos nuestra morada en tu recinto.*

Si un pueblo pues cautivo aún se regocija tanto con solo la noticia de que llegará el día de ir á la casa de Dios, ¿cuál deberá ser la alegría de un pueblo ya rescatado? ¿cuánto el júbilo cristiano de nuestros corazones, bien sea considerando los beneficios que el Señor nos hace en el templo material, bien sea mirando á la Iglesia terrestre como figura de la celestial? Renovad aquí vuestra atención, para comprehender unas verdades que tanto os interesan.

“Ninguno de vosotros, decia San Juan Crisóstomo, ninguno sea insensible á la alegría, mientras está en la iglesia, porque este es un lugar, donde como en su propio centro estan deposita-

das nuestras mayores riquezas: *hic magnæ nostræ opes positæ sunt.* Todo es aquí precioso, todo grande, todo digno de nuestro amor y admiración. Aquí el Sol de justicia disipa las tinieblas de nuestra ignorancia por medio de la virtud y resplandor de la verdad que se nos predica. Esta casa, mucho mas necesaria y respetable que todas las que habitamos en el mundo, está llena, no tanto de tesoros que perecen, quanto de misericordia y de paz, que es el colmo de todos los bienes, y nos es dada por los ministros del Señor. No se hallan aquí estas mesas exquisitas y delicadas, presididas por el lujo, y donde la vanidad mira como precisa obligación la de lisonjear la gula y destemplanza. Pero se halla una mesa mucho mas estimable, donde los fieles son alimentados del pan de la palabra, y del Pan de los ángeles, viandas precio-

sísimas del cielo, que fortifican el cuerpo y santifican el alma. Aquí propiamente es donde se nos aplican los méritos de la pasión del Salvador por medio de unos signos sensibles, que al paso que sirven de ejercicio á nuestra fe, son el fundamento sólido de nuestra esperanza. Aun cuando entremos en el templo esclavos del demonio, podemos salir de él libres, con la libertad de hijos de Dios; y el pecado, que da la muerte al alma, será borrado allí, si debidamente queremos, por medio de la gracia que nos dará la vida."

¡Qué consuelo, señores! ¡qué motivo de tanto júbilo para el alma verdaderamente cristiana, cuando en el templo considere el Cuerpo y Sangre del Santo de los santos con todos los tesoros de su divinidad en el adorable Sacramento, en que Jesucristo ofrece á su Eterno Padre el sacrificio de

si mismo, como una extension continua del de su pasión y muerte! Sacrificio, en que Jesucristo es el verdadero Sacerdote: sacrificio, en que el sacerdote ocupa el lugar de Jesucristo: sacrificio, en que cada uno de los fieles se une con el sacerdote. Por manera, que aunque se abrieran los cielos de los cielos, como el Crisóstomo se explica, nada encontraríamos mas sublime, mas santo, mas precioso, que lo que encierran nuestros tabernáculos. Aquí en efecto se nos comunica Jesucristo, no solo por su gracia en el sacro bautismo y en la penitencia; no solo por su Espíritu en el evangelio y en la confirmacion, sino tambien por medio de su santísima humanidad, y por su misma divinidad en la Eucaristía.

¿Será pues insensible vuestro corazón á presencia de tales ventajas? ¿Dexará de llenarse de ale-

gria y regocijo santo al entrar en un lugar, donde tan á manos llenas derrama el Señor sus misericordias? ¿Quién no lamentará la notable diferencia que en órden á los templos y solemnidades se observa entre los fieles primitivos y los de nuestros dias? Aquellos, sabemos por los padres que empleaban los dias festivos en cantar himnos y salmos á imitacion de los ángeles. Sabemos que á los dias de comunión llamaban *dias de alegría*: dias de tanta mocion espiritual, y de tanto júbilo, que levantándose muchos de la sagrada mesa eucarística, y dándose el ósculo de paz, caminaban alegres al martirio, á testificar con su sangre la Divinidad de Jesucristo.

Mas ¡ó lamentable relajacion de nuestro siglo! El templo donde habita el Dios de magestad es ya objeto de burla y de irrision: sus altares se profanan: se ridi-

culiza á sus ministros: sus augustas ceremonias se desprecian; y á los cánticos é himnos de alegría substituyen muchos la murmuracion, la chanza, la cita, la seña, la crítica mordaz; de suerte, que habiendo tal vez entrado en la iglesia con solo pecados veniales, salen de ella cubiertos de pecados gravísimos, como se explica S. Ambrosio. ¿Qué terrible lugar! exclama S. Bernardo; ¡cuán digno de reverencia el que habitan los fieles; el que los ángeles frecuentan; el que ilustra el mismo Dios con su adorable presencia; y donde se nos comunica sin reserva! Juzguen pues lo que quieran los que solo gustan de las alegrías mundanas. Los verdaderos cristianos hallarán siempre en la Iglesia los mas urgentes motivos de regocijarse en el Señor, por las inmensas riquezas que encierra: *híc magnæ nostræ opes positæ sunt.*

¿Y qué diremos, atendidos los bienes futuros? ¿qué debemos solicitar en el templo? Levantad aquí vuestro espíritu al cielo, para considerar por un momento la grandeza de los misterios que os va S. Agustín á revelar por mi boca. El templo, dice, es símbolo del cielo, y por esta razon nos habla la Iglesia en su oficio de la celestial Jerusalem, figurada en nuestros santuarios. Acomodándose esta tierra madre á la debilidad de nuestras ideas, nos representa esta ciudad de gloria, edificada de oro y de piedras preciosas; esta esposa divina, adornada con una magnificencia digna del Esposo glorioso é inmortal; esta mansion inefable y eterna del paraíso, donde cesarán todos los males, donde se acabarán las dolencias, y donde la muerte misma será absorbida por una feliz inmortalidad.

Avivemos, señores, nuestra fe,

para conocer, que cuanto pasa en la Iglesia triunfante está figurado en la que milita sobre la tierra. Dios habita en la una con sus escogidos, y en la otra con sus ángeles y santos, comunicándose á los unos por su gracia, y á los otros por su gloria inefable. En una y otra le son dadas las mismas alabanzas, los mismos honores, y le son ofrecidas las mismas oraciones; porque la caridad anima á estos dos grandes cuerpos, hasta unirlos en un mismo rebaño baxo la direccion del soberano y único Pastor Jesucristo.

¿Qué motivo pues mas poderoso de alegría y de consuelo, que hallarnos en un lugar, cual es el templo, que nos representa vivamente aquella eternidad feliz á que aspiramos? En efecto, este edificio material que miramos es símbolo de otro que no vemos, y nos conduce al conocimiento de una ver-

dad, que regocija y anima nuestra fe.

Agregad á esto, que el templo es no solamente figura del cielo, sino tambien de nosotros mismos, que somos los templos de Dios, segun la expresion de S. Pablo: *templum Dei sanctum est, quod estis vos*. Templos santos, atendida su admirable construccion. Jesucristo es su fundamento y la piedra angular, porque nos sostiene: piedra firme, sobre la cual, como se explica S. Mateo, edificó el hombre sabio su casa, que por ningun acontecimiento puede ser arruinada; piedra angular que nos une; pues como dice el Apóstol: *es nuestra paz, que de dos pueblos hizo uno, destruyendo en su carne el muro de separacion*; es decir, las enemistades que los dividian. Todos los fieles, dice S. Pedro, son piedras vivas de este sagrado edificio; piedras talladas por la fe, llevadas

por la esperanza, y unidas por la caridad.

Esta casa, como reflexiona un sabio prelado, se edifica en el transcurso de los tiempos por medio de los sufrimientos y de las buenas obras, y será dedicada en la eternidad, cuando sea consumido por el fuego todo lo que hay mortal sobre la tierra; porque Jesucristo transformará entonces nuestro cuerpo, haciéndole conforme al suyo inmortal y glorioso.

Es verdad que cuesta mucho trabajo vencer las malas inclinaciones, sujetar los movimientos impetuosos de un cuerpo desarreglado, y reunir por los vínculos de una perfecta paz lo que estaba dividido por los combates de la carne y del espíritu. Mas cuando esta grande obra esté acabada; cuando esta casa espiritual esté fundada sobre la unidad de la fe, edificada y adornada con todas las demas virtudes, en-

tonces es ya tiempo de la gloria y de la inmortalidad; y destruida esta casa de tierra, tendremos en el cielo, dice S. Pablo, una casa eterna, que no ha sido edificada por mano de los hombres: *domum non manu factam, eternam in caelis.* Asi en substancia se explica S. Agustin, para hacernos ver que la iglesia material es un símbolo expreso de la celestial Jerusalem, y que la consideracion de los bienes que en ella debemos poseer, como templos vivos de Dios, debe inspirarnos un santo regocijo.

¿Mas ah! ¿qué alegría, qué júbilo podrán experimentar en la iglesia los que solo vienen á ella por ceremonia ó por costumbre, por no decir, á su pesar, ó por su propio interes únicamente? Despues de haber mudado la noche en dia, como Job se explica; es decir, despues de haber gastado en placeres mundanos la mayor parte de la

noche, ¿cuántos no vienen á dormir al templo? Oprimido el cuerpo de mil desarreglos, ¿cómo podrán tributar á Dios el debido homenaje? Ofuscado el espíritu con los vapores groseros que levanta una carne nada mortificada, ¿cómo alabarán al Señor en espíritu y verdad? El sacerdote, como reflexiona un sabio, les manda levantar sus corazones al cielo durante el santo sacrificio, mientras ellos perseveran por lo comun adheridos á la tierra, y poseidos de un funesto letargo. ¿Qué alegría pues, qué júbilo santo, qué consuelo, qué confianza podrán ellos tener en estas circunstancias?

Formad, señores, os ruego por las entrañas de Jesucristo, por su terrible venida, por su reino inmortal, formad una idea justa de las disposiciones que deben animaros en el templo. Herederos de aquel temor religioso, de aquella

profunda reverencia, de aquel reserpeto sumiso que penetró siempre el corazón de nuestros padres en la fe, y de los pecadores contritos, temamos los terribles castigos con que Dios amenaza á los profanadores de su santuario. Este es el lugar que ha elegido y santificado para que su nombre sea alabado en él eternamente. Este es el propiciatorio de su misericordia sobre nosotros: el tabernáculo del Señor con los hombres: el lugar de sus delicias con nosotros: el símbolo en fin expreso de la bienaventuranza.

Supuesto pues que en ella nada puede entrar manchado, entremos en el templo con temor y reverencia, con el fin de purificarnos por medio de una sincera penitencia. Confesémos con dolor nuestros pecados, y llenos de confianza en el Señor, ofrezcámosle con alegría cánticos de alabanza en acción de gracias por sus infinitas misericor-

dias. Este es el único medio de entrar algun dia llenos de regocijo en el templo de su gloria por una feliz eternidad. Aquí tenéis, hermanos míos, la imágen adorable del Señor del templo, crucificado por nuestro amor. Arrojaos á sus pies, y con espíritu de compuncion y dolor de haberle ofendido, decidle: Señor mio Jesucristo &c.



SERMON II

VESPERTINO

O DE MISION,

sobre el negocio de la salud eterna.

Rogamus autem vos fratres, ut negotium vestrum agatis. I. Thesal. 4.

Yo os ruego, hermanos mios, que hagais vuestro negocio.

SEÑORES:

Asi habla S. Pablo á los tesalonicenses, queriéndoles inspirar la suma importancia del negocio de su salvacion, objeto principal de la so-

licitud y desvelo de todo fiel cristiano, aunque el mas olvidado en nuestros dias. Este Apóstol de las gentes, arrebatado al tercer cielo, donde oyó arcanos inexplicables, conoció muy bien el gran secreto de nuestra eterna salud. Dios nos eligió, dice á los fieles de Efeso, Dios nos eligió en Jesucristo antes de la creacion del mundo, para que fuésemos santos é inmaculados en su presencia.

No es pues nuestro destino obra del acaso ó del capricho, como lo son de ordinario los negocios de los hombres. Es obra meditada y conducida conforme al plan de la sabiduria eterna. Sellados con el carácter de hijos adoptivos, revestidos con las libreas de Jesucristo, y teñidos en su sangre, somos por eleccion de Dios los ciudadanos del cielo, los herederos de las promesas eternas, y los hijos del reino, si cumplimos con los deberes que